

Una apuesta por la paz en los sonidos del rock

Estábamos ansiosos. La séptima versión de uno de los festivales de rock pionero en el Oriente antioqueño, se nos mostraba con un cúmulo de retos y novedades respecto a las versiones anteriores. También estábamos nerviosos, sería la primera vez que el Viboral Rock se llevaría al parque principal del Municipio, un parque recién remodelado, en día domingo *consagrado a Dios* por la comunidad conservadora y camandulera, tradición en los pueblos colombianos. La tensión se sentía incluso a través de medios virtuales como el Whatsapp donde, desde días previos al comienzo del festival, empezó a rodar una cadena de mensajes aludiendo al mismo. En esta se expresaba que “(...) se realizará un concierto satánico en El Carmen de Viboral, específicamente en la parte trasera de la casa de la Cultura. Las bandas invitadas son diabólicas, sus sonidos musicales son fuertes y estrambóticos y lo peor es que alaban al demonio cantándole con voces de animales. Este evento es muy susceptible a todo tipo de rituales y a que haya una contaminación espiritual fuerte ya que se reúnen brujas, brujos y satánicos de varios lugares del país a este concierto”. Aunque el mensaje no trascendió y quedó como una anécdota, si generó una predisposición en el equipo organizador de lo que podría ocurrir en la jornada dedicada al Metal el día sábado, y la presentación el día domingo en el parque principal.

Había una gran expectativa, y desde el viernes 27 se respiraba un ambiente rockero en el pueblo. Las jornadas académicas fueron el evento encargado de abrir la séptima versión del Viboral Rock. Estos encuentros de diálogo, discusión y reflexión en torno a la música, han sido uno de los valores agregados del festival desde su primera versión. Este año, el historiador e investigador social John Montoya Ospina, en compañía de Ricardo Ospina, filósofo y caricaturista, hablaron en torno al grito del rock, y cómo éste ha estado presente desde sus inicios y se consolida en el punto de convergencia de las músicas alternativas. Por su parte, Santiago Arango Naranjo, Periodista y Director de Haga La U, y quien además ha hecho parte del Festival desde su primera versión, nos mostró las cicatrices que deja el sonido, como fórmulas para borrar, o sanar más bien, las cicatrices generadas por la guerra, la muerte, el desplazamiento y la desaparición forzada. En la última ponencia, la nostalgia de una época cantada y contada a través del Metal, fue expuesta por Juan David Alzate, periodista y magister en historia del arte. Fue Alzate quién, precisamente, definió el valor de las jornadas académicas y la trascendencia que se les debe dar “apostarle permanentemente a que las jornadas académicas se fortalezcan y permanezcan, es bastante interesante. **Es muy buena la música, pero creo que lo mejor es hablar sobre la música.** Uno va a un concierto a hablar y eso es

academia, entonces creo que sostener estos espacios y que se vuelva tradición el componente académico es una cosa importante”. Asimismo, el público asistente celebró el ejercicio instando a que “(...) así no hayan festivales, todos los institutos de cultura deberían abrir este tipo de espacios para que la gente, el público rockero abra un poco más la mente y pueda profundizar (...)”.

Luego de las ponencias se dio apertura oficial al VII Festival Viboral Rock, donde, en un acto histórico para el Municipio, el primer mandatario de la localidad, Néstor Fernando Zuluaga, inauguró el evento. Zuluaga expresó sus intenciones de apostarle al fortalecimiento del festival, y de llevarlo al espacio público. Para el primer mandatario, es fundamental sacar del *encierro* en el que ha estado la cultura, en este caso puntual el Viboral Rock, y ponerlo en un escenario donde dialogue con toda la comunidad del municipio, y qué mejor lugar que el Parque principal. Después de la intervención del Alcalde y la Directora del Instituto de Cultura, María Eugenia García, las agrupaciones Yarumo de El Carmen de Viboral, y Lobo Estepario de Rionegro, dieron el concierto de apertura con la sala de Teatro llena y un público expectante por el cartel que ofrecía la séptima versión del Viboral Rock.

El grito del Metal presente en el Viboral Rock

Los sonidos estridentes y fuertes de la batería, las guitarras y el bajo, se sentían en el patio trasero del Instituto de Cultura desde horas de la mañana del sábado 28 de mayo, durante las pruebas de sonido. El público metalero, fiel a sus bandas, empezó a llenar el espacio desde temprano. Largas cabelleras, atuendos negros y botas, camisetas marcadas con los logos de las agrupaciones que representan la esencia del metal: Black Sabbath, Metallica, Iron Maiden, Slayer, Masacre y muchas otras: todo un público expectante por las nueve bandas que conformaban el cartel del día.

Por políticas de la organización, el festival cuenta con un día dedicado exclusivamente a los sonidos del trash, black, death, heavy y todas las derivaciones del Metal. La apertura estuvo a cargo del Death metal, con los sonidos pesados de Profania, que viajaron desde Jericó, Antioquia, un pueblo altamente religioso situado en las montañas del suroeste antioqueño. La diversidad del público en cuanto a edades y género, fue una de las principales particularidades de este día: niños desde los 10 años buscando una fotografía o un regalo de sus *ídolos*, los que son sus referentes en lo musical, pero también como líderes y formadores de opinión pública y criterios a través del metal. El sábado recibió bandas de diferentes partes, con diversas voces e historias, y música que contaba lugares, momentos y sensaciones propias de cada contexto:

Adivarius de Urrao, Aphantak de Marinilla, Revenge y Athanator de Medellín, Vitam Et Mortem de El Carmen de Viboral, Profania de Jericó, Albatroz de Bogotá, Skeletor de San Pedro de los Milagros y Luciferian de Armenia, llenaron de sonidos extremos el patio trasero del Instituto de Cultura, en un ritual de tolerancia, hermandad, respeto, diversidad y disfrute en torno a un mismo sentimiento. El público se comportó a la altura. Las cajas de recolección de concentrado para perros y gatos callejeros se fueron llenas, y en los oídos de los asistentes un tributo al metal de hoy y de ayer.

De parte de las bandas no hubo quejas. Los músicos quedaron gratamente sorprendidos con el festival en cuanto a condiciones logísticas, de sonido, atención y desarrollo general del evento. Quienes han hecho parte de la historia de Viboral Rock, reclamaron la continuidad en el proceso, como Julián David Trujillo, guitarrista y líder de la agrupación Vitam Et Mortem. Para Trujillo, habría sido fundamental que todo el festival se realizara en el Parque Principal, pero reconoce la excelente producción; sin embargo es enfático en que “El festival es muy bueno y este año cuenta con apoyo de la administración municipal como un gran aliado. Nosotros le pedimos a la administración y al Instituto de Cultura que tenga continuidad anual, no cada dos años, ni tres”.

Con la celebración de los 20 años de trayectoria musical de Luciferian, banda invitada nacional, se cerró el día sábado, con un público agotado, pero ansioso de la descarga rockera que prometía el día domingo.

El rock dialogando con el espacio público y su gente

La tarea no era fácil: tener una tarima al lado de la iglesia principal, en día domingo, con 10 bandas de sonidos *ajenos* a la gran mayoría, era un reto que la administración Municipal y el Instituto de Cultura se plantearon para lograr poner a dialogar al rock con un entorno local, con la ciudadanía.

El mensaje que se quería transmitir era claro: la música, el rock, también es un agente constructor de paz, de tolerancia y de memoria. Es fundamental que todo lo que siempre ha estado centralizado, como la cultura en este caso, salga de la ciudad y llegue a localidades y a públicos diferentes. La música da muchos premios que no tienen que ver con lo material, y eso fue lo ocurrido el último día de festival.

Familias enteras, adultos mayores, jóvenes y niños, se reunieron en torno a la tarima principal para sorprenderse y dejarse llevar por el show de Perros de Reserva, banda encargada de abrir

el tercer día de conciertos. No todos sabían qué ocurría allí, decenas de curiosos miraban sorprendidos la indumentaria de los músicos, y grababan con sus celulares el performance que la banda dedicó a la memoria de la masacre de la vereda La Esperanza de El Carmen de Viboral. El mensaje contundente tanto en su propuesta estética como musical, logró cautivar miradas y aplausos. Los mismos agentes de policía que estaban custodiando los camerinos, se acercaron a dialogar con la banda luego de la presentación, recibiendo CDs, afiches y autógrafos, en una muestra de profundo respeto entre los diferentes actores convergentes en ese espacio.

El Parque estaba lleno. El pogo, los saltos y el público en general fueron generosos con todas las bandas. La lluvia no dispersó los ánimos y la comunidad rockera de El Carmen de Viboral, y todos los turistas que llegaron a vivir el festival, fueron testigos de una de las versiones históricas en los once años de trayectoria del Viboral Rock. “Que estén en el parque es un golazo”, afirmaba el periodista Juan David Alzate, “creo que eso abre bastante al público, nos permite interactuar con la comunidad en la calle”. Sin embargo, no todos estaban conformes con el hecho, principalmente los feligreses de la iglesia católica. En un país constitucionalmente laico, aún se piensan las tradiciones religiosas con prioridad sobre otras manifestaciones culturales. Decía alguien: “Este pueblo es muy camandulero, y su doble moral es enorme, pues en otros eventos, donde la música agrade psicológicamente a mujeres y niños, no hay problema y todo el pueblo se reúne a escuchar y beber entorno a esos cantantes, pero hoy, como no tenían mucho acercamiento a este tipo de música, solo juzgaban y miran feo a las personas”. En palabras del escritor Héctor Abad Faciolince, “somos de una moralidad abstracta y cuando algo no nos favorece, no nos conviene, solo estamos en contra y juzgamos. Pero cuando es algo que nosotros queremos, ahí sí estamos de acuerdo que se cierre lo que se tenga que cerrar”. Algunas personas criticaron y difirieron con el hecho de que se hiciera un cierre cerca a la iglesia un domingo. Hubo malos tratos a policías y a personas de logística que les impidieron el paso por el espacio donde estaban ubicados los camerinos. “Es incómodo e incoherente el hecho de poner por encima de la iglesia un evento con música que agrade la tranquilidad del pueblo a esta hora” decía una persona a quien no se le permitió pasar.

Sin embargo, el diálogo del Festival con el espacio fue un ejercicio de construcción de públicos y cultura ciudadana, donde muchas personas ajenas a estas manifestaciones aceptaron la invitación a observar, a dejarse seducir por los encantos del rock, el reggae, el ska y los sonidos electrónicos que se presentaron el domingo. El Viboral Rock puso en tarima bandas de diferentes partes de la región, del departamento entero y del país. Esto plantea un reto para el

festival en futuras ediciones. Para Fernando Sierra, Elvis, cantante de Estados Alterados, “llegará un momento en que no sea “Viboral” o “Rock al Rio”, sino que sea “Rock Oriente” y eso sería genial”. De igual forma, Jhonatan Andrés Durango, Paya, vocalista y líder de La Sinfóniska, manifiesta que “esto podría ser un circuito de festivales de Oriente como “Rock al Rio”, el “Viboral”, el “Comunero” de Guarne que ya este año va a ser la segunda versión, y hacer un festival gigante de oriente donde puedan traer hasta bandas internacionales, porque se está moviendo esto (...)”

Para Santiago Arango, director de Haga La U, “La conclusión es evidente, y es que cuando hay procesos, cuando se hacen las cosas paso a paso, los procesos se consolidan, y eso se ve representado en la asistencia, en el cartel de las bandas, en el arraigo de los músicos. Yo creo que este ha sido el “Viboral Rock” con mayor afluencia de público, con mucha atención, con mucho interés en muchas personas, no sólo músicos, sino también gomosos de la música, el público. Acercar a la gente a un festival no es fácil y este año “Viboral Rock” lo logró y creo ese es un fantástico objetivo cumplido”.

La construcción de la paz desde la música, el festival, bandas, músicos y público, fue una muestra de los aportes que desde nuestro diario vivir realizamos a esta apuesta nacional, o mundial. “Mucho público que disfrutó sanamente, con respeto por el otro y por el espacio como se pidió, que la mayoría de personas lejanas al evento y al tipo de música estuvieron bien con la realización del festival en el parque, que se sentían curiosos y se acercaban sin ninguna predisposición solo con deseos de ver y entender qué estaba pasando”, manifiesta Camilo Gómez de Providencia. Jonny Urrego, vocalista líder de Niebla de Opio, opina que “La cultura nos diversifica, entonces vemos que ya los mechudos y los tatuados no son personas malas, los estamos viendo en eventos culturales, los vemos comportarse bien, los vemos con ideas muy bonitas, los vemos haciendo cosas muy bacanas. Creo que por ahí es la nota, es la vaina para conseguir todas las cosas, aparte de la paz”.

Finalmente, Jhonatan Durango lo explica en sus propias palabras: “Primero, es que estamos alejando a todas las personas de la guerra y del conflicto, estamos concentrados aquí, en la música y la música es paz, el pogo es amor, como decía un amigo mío por allá a finales de los 90, ‘ey muchachos pasito que nos estamos queriendo’, entonces esto construye desde abajo la paz, desde que el pelao’ ya no quiera empuñar un arma y ya sólo se quiera dedicar a su instrumento encerrado, con la condición de que va a tocar alguna vez en todos estos festivales, desde ahí empezamos a generar consciencia y a construir la verdadera paz”.